

amor y salud para dejar trillarse de las naves, y así abonanzando, despedidos de las hermosas primas con abrazos y aun lágrimas, se embarcaron y, en ocho días, con general alegría, dieron vista á Lisboa y, finalmente, límites á los trabajos de su navegación, con lo cual (advertidos en la prosecución de sus amores) don Enrique y su padre pisaron los umbrales deseados de su casa, y don Luis Antonio, á quien ya esperaba un hijo suyo, con mejores despachos de la corte, guió á la suya acompañado de algunos guardas y de muchos amigos.

Teníasela el Supremo Consejo, informado mejor, señalada por cárcel; y así, juzgándolo por diferente suceso que el que prometía el recato del capitán mayor, creciendo su indignación y odio esperó los fines, que no se dilataron pocos días; aunque moderándose en ellos su prisión, tuvo después de algunos meses licencia para ir á la corte.

#### CAPITULO LXXVII

*Procuran los parientes de don Enrique el efecto de su casamiento aplazado; y él, regido de su nuevo desvelo, lo dilata cautelosamente.*

EN este interin y aun luego, como don Enrique, convaleciente de su mal, llegó á su casa, así de la parte de sus mismos padres, como de los parientes y deudos, de la que había de ser su es-

posa, como en cosa tan hecha, comenzaron á tratar del efecto y disponer las dispensaciones; porque, como tengo dicho, doña Clara (llamábase así la dama) era su prima y, juntamente, doncella riquísima, única heredera de su casa, y, sobre todo, mujer á quien, por su hermosura y bizarro parecer, había el olvidado amante servido largos tiempos y aun querido con extremos locos; y bien acerté en darles semejante atributo, pues ninguno pudo mejor cuadrar con su variedad y mudanza.

Habíasele, al principio de este empleo, mostrado desdeñosa, condición ordinaria de una mujer rogada; y este fácil castigo, sintiéndole don Enrique por disfavor mortal, tuvo por buen remedio el ausentarse; y, poniéndolo por obra, á pesar de sus padres, de quien era su mayor consuelo, se traspuso á la India, de donde, entendida la causa y arrepentida el sujeto de ella, concertadas sus bodas, yendo por capitán mayor su padre, lo traía ahora para su cumplimiento, mas tan diferente y trocado como habéis oído; pues no sólo no volvió los ojos al pasado empleo, sino que, resuelto á proseguir su nuevo amor, pidió se suspendiese el trato, como, en efecto, lo hicieron sus padres, porque sólo su voluntad los gobernaba.

Cesaron con aquesto las pláticas; y aunque de parte de la dama se guardó el mismo orden, no así, en lo interior, se estimó el sentimiento.



Amaba doña Clara tiernamente á su primo, y el juzgarse tan cierto por su esposa, no sólo había hecho lícito este amor, mas, juntamente, abierto franca puerta á sus ciegos deseos, á sus ardientes llamas y una voluntad tan arraigada y envejecida, que fuera hoy por demás querer ceñirla ó mitigar su fuego. Y esta verdad, no obstante que el ingrato deudo la advirtió y conoció, aunque siempre resuelto á proseguir su gusto, nunca se persuadió desengañarla, ni tampoco quiso que sus padres lo hiciesen; antes, jugando con dos manos, procuró entretenerla; y fingiendo deseos, iba por otra parte excusando y dilatando su ejecución.

No puedo yo, á lo menos, presumir con qué fines; pero á lo más, bien veo que en este trato doble degeneró grandemente de sus obligaciones don Enrique, y que muy justamente se le podrán á él atribuir los daños graves que de sus remisiones y fingimientos resultaron; porque es cosa infalible, y que no admite duda, que si luego como llegó desengañara á su pobre prima, ni su voluntad tomara tan grandes fuerzas, ni su amor hubiera crecido de tal suerte que, cuando quiso atajarlo, pareció irremediable; mas no se quedaron sin castigo el uno y otro, porque si doña Clara lloró inmortalmente su libre y desenfrenado arrojamiento, no se dilató á don Enrique, ni á sus disimulaciones y dobleces, la satisfacción y paga merecida.

Pero dejado aquesto hasta su tiempo, no andaba, en el presente la hermosa doña Leonor poco afligida, porque la nueva asistencia de su casa dificultaba, hasta tomarla el tiento, la comunicación de su amante, á quien aunque los más días veía desde sus rejas, semejante á otro Tántalo, aquel breve consuelo la causaba más abrasada sed, mayor deseo y, por el consiguiente, igual pena y desesperación. Mas como la necesidad y trabajo es prudente maestro de la industria, no sin atropellar inconvenientes, hizo que la forjasen una llave, con la cual, saliendo de su cuadra, podía llegar á unas ventanas y por ellas hablar con su galán seguramente. No era menos el cuidado y vigilancia de sus padres, pues aun en tan corta diligencia, tenía su hija tantas dificultades; mas ¿qué importan éstas ni otras mayores cuando una voluntad vive dispuesta? En fin, previniendo un papel con avisos y señas suficientes, el mismo día que se acabó la llave, arrojándosele al pasar á don Enrique, y tomándole él con igual cuidado, entendido su gusto, salió de confusiones, además que fué mucho no perder el juicio.



## CAPITULO LXXVIII

*Crecen los favores de doña Leonor hasta verse con don Enrique en más estrechos lazos.*

ESTA tranquilidad que he referido, este gozo y contento, les duró á los amantes largos días, comunicándose las más noches ternísimas y confirmando nuevamente su amor y perseverancia, sin atreverse, en tanto tiempo, á tomar resolución segura, pidiéndola don Enrique á sus padres ó dando ella lugar á otro concierto. Duraban en don Luis los reñidos pleitos que de la India le habían traído; y el rencor granjeado por su guarda y recato, estaba con su padre de don Enrique en el mismo paraje; y como estas cosas no ignorase la dama, cierta de su contradicción, procuraba, hasta mejor sazón, divertir y entretener á su amante; pero, en efecto, el temor receloso de que con semejantes dilaciones no se volviese á su primero empleo, y, sobre todo, su insufrible deseo, la obligaron, ó por hablar más lícito, la hicieron fuerza á que tomase otra resolución; que si bien no fué la más honesta y acertada, por lo menos, para su cumplimiento y para mejor seguridad de sus cosas, ella la juzgó por esencial y breve.

Quien trujere leyendo estos renglones á la memoria los primeros de esta historia, y en ellos

la crueldad, el desdén, el severo rostro, la continencia y recato con que esta dama trató el origen de su amor, y ahora viere tan notable mudanza, fuerza será, ó que se me conceda en su disculpa ser grave, ser vehemente su pasión ó que en su pecho halló menos prudencia y mayor confianza; blasón que locamente se atribuye más presto, quien más pronto se precipita y cae de ojos. No niego yo que el frágil natural de las mujeres es en cuanto á deseos más disculpable; pero también no ignoro que para recatarlos y encubrirlos es, sin comparación, más fuerte y poderoso que en los hombres; y así, censurando modesto, creo y tengo por cierto que primero le rendiría la celosa pena del verse por sus dilaciones olvidada, y mayormente estando de por medio doña Clara, ó congruencias diferentes, enderezadas á su honrado propósito, que no incendios de amor, llamas de sus desordenados deseos.

En conclusión, doña Leonor, dispuesta á divertir su amante con más nuevos y crecidos favores, movida por las causas ya dichas, y apresurada de sus continuos ruegos é importunaciones, le dió orden para que entrase en su casa, y no obstante que esto era lleno de inconvenientes temerosos, y no el menor el allanar las puertas, loco de gusto, sin reparar en ellos, atropelló en sus dificultades, inclinando y disponiendo cavilosamente la voluntad de un esclavo portero, piedra fundamental y llave de su entrada, y con



tanta destreza y disimulación, que á pocos lancés le tuvo de su parte. Porque valiéndose para con semejante persona de otro igual sujeto, digo de otro esclavo suyo, y bien ladino; mediante éste, con facilidad le granjeó, persuadido á que según la verdad del intento, casándose los dos amantes, ó sería con razón dueño de sus voluntades, ó que por lo menos le ahorrarian de su esclavitud, y añadiendo á este punto dádivas y regalos, que es el más fuerte medio, sin más dificultarlo, don Enrique escaló la fortaleza, y doña Leonor, aunque arrepentida, se halló en diferente estado. Había llegado su amor al último remate y, recíprocamente, más que nunca á su gusto sujeto, mostraba don Enrique el agradecimiento, tanto en el mortal peligro á que se ponía, cuanto á ella en los muchos á que para salir á verle se aventuraba, pues siéndole preciso llegar hasta una sala de estrado que era adonde el negro y falso alcaide podía meter á su galán, el menos importante en su modo, ir atravesar por delante de sus mismos padres y hermanos, que unos y otros consecutivamente al suyo dormían en diferentes aposentos, de quien á ser sentida, indubitavelmente y sin mayor examen fuera muerta, porque en casos tan de honra no es más bien reportada la gente noble de esta belicosa nación.

## CAPITULO LXXIX

*Dánse palabra y fe de esposos los amantes, y en el interin, doña Clara, impaciente por la dilación de su primo, cae en una grave enfermedad.*

EN la noche primera de sus vistas, no olvidando del todo la hermosa dama lo que debía á su sangre, antes de verla puesta en contingencia, recibió de don Enrique con igual alegría la mano y fe de esposo, llamando por testigos las negras sombras de la oscura noche y al bárbaro tercero de sus bodas, las cuales, con tales requisitos, no dejaré yo de llamar muy negras y aun tristes desde este punto, y á lo menos en señales y agüeros nos fuera lícito creer no sé que más contrarios, no sé cuáles más infelices.

Ya yo estoy esperando en don Enrique si el verse con tan nuevo estado y sin remedio la persona de su prima le obligan á desengañarla, le fuerzan á declararse con ella. Pues no fué así, porque ni con todo le pasó por el pensamiento; antes con el mismo desvelo la traía suspendida, adorando en sus acciones, creyendo en sus palabras, y como inocente corderilla, dejándose por ellas llevar al matadero.

Vivía la cuitada doncella en un continuo llanto, efectos que á los ojos respiraba su alma, abra-



sada y encendida en ardientes celos, siendo lastimosa y cruelmente apresurados y prevenidos con la pena de tantas tibiezas y desdenes, con el incendio de fingidos requiebros y, finalmente, con el incentivo de sus dilaciones y pausas, porque no hay accidente tan furioso ni locura tan desatada que así rompa, atropelle, desbarate la más honesta y casta resolución, como la desestimación y desprecio de la cosa amada; y sobre todo, la privación ó suspensión de sus mismos objetos. Así, regida de aqueste ciego é implacable amor, abandonando su natural vergüenza, perdía, en viéndose con él á solas, los estribos del recato, y lo que más se puede ponderar, hacía tiernamente oprimida con su olvidado primo el mismo oficio que, en ley de buen galán, debiera él representar en aquesta tragedia, pues trasformándole en sí mismo, ella le requabraba, ella le hacía caricias y, con dulcísimos efectivos gemidos, solicita fomentaba su gusto, su perdición y ruina. ¡Oh lastimoso y miserable estado de mujer! ¡Cuán imperiosamente está apoderada de tu triste alma esta pasión tirana, y cuán ciega y arrebatadamente eres llevada al abismo de tu final desdicha!

Ciertamente que, llegando á este punto, casi me falta aliento para proseguir esta historia, y que si el haberme empeñado en su promesa no me obligara, que de mi acuerdo quedara á otro menos piadoso su progreso. En fin, digo que ya

abriendo los ojos don Enrique cuando el remedio de estas cosas consistía en no dársele, entonces, para que el daño y fin de todas creciese con más prisa, trató de declararse y desengañarla; si bien aun este propósito tardío no llegó á ejecutarse por entonces; porque la affigida señora, cansada de sufrir tan largos males, le atajó, y acosada de tan amarga resistencia, desmayando en ella, entregó sus espíritus á un piélago profundo de tristeza y el cuerpo hermoso á una fuerte y poderosa calentura, que en breve término rindió su mayor fuerza; corriendo en aquestos extremos unas mismas pisadas y parejas los dos primos; pues si él se vió, cual ya visteis, al desdén doña Leonor hecho esqueleto, así ahora doña Clara por su ocasión, aunque con otros fines, llegó á semejante estado. De esta suerte caminan los accidentes de esta vida; y en tal disformidad, suelen á veces discurrir sus mudanzas incesables.

Lloraba sin consuelo su triste madre; porque estando ya en esta sazón viuda, como única prenda quería y estimaba á doña Clara; y así, librando en su salud su esperanza y contento, no dejó medicina ni remedio que no le aplicase, ni médico famoso que no se desvelase en su cura; pero sirviendo poco y obrando menos tan buenas experiencias, la enfermedad creció y el sujeto paciente vino á tanta flaqueza; porque sólo sus lágrimas eran su mayor sustento, que, faltando remedios que hacerle, desahuciaron su vida. Por



otra parte, como su madre, cuidadosa y solícita, mirase en sus acciones, en sus ansias y continuo llanto el afecto entrañable, adivinó el origen; y no cesando de importunarla con ruegos y amorosos conjuros, al fin, sin más duros tormentos, consiguió absolución de sus dudas y, no sin lágrimas, la confesión entera de su afición terrible, de la vil correspondencia y olvido que á tales términos la había reducido; guardando en esto casi conforme estilo al que tuvo su primo, refiriendo su pena, cuando contándola á sus deudos, mejoró su salud, que hasta en tan ignoradas apariencias quiso imitar su amor, si bien no su remedio, aunque asegurándosele su madre, apenas entendió de su boca tan cierta presunción, cuando teniéndolo por fácil y hacedero, dispuso al punto los caminos más fuertes para su ejecución.

#### CAPÍTULO LXXX

*Prosigue cauteloso en su dilación don Enrique; apriétale su prima, y finalmente, aunque tarde, se declara.*

CON el intento dicho, mandando llamar al padre del ingrato mancebo, sin reparar en diferencias, dote ni hacienda, toda cuanta tenía, que era sin número, le ofreció con su hija literalmente; y no contenta con aquesto, como el atajar la muerte de su hija la apresurase, juzgando que

su severidad había causado la tibieza y desconcierto de sus bodas, atropellando respetos y punzoneros, el propio día (porque los más visitaba á la enferma don Enrique), ella misma, tomándole á una parte, le propuso su intento y el ofrecimiento hecho á su padre; y no celando la ocasión que á su hija tenía en tan míseros términos, tan bien supo pintársela, tales fueron sus ruegos, tan grandes sus afectos y su empeño, que no dejó camino al apretado mozo, salida ni respuesta que dar ó que fingir menos que declarándose; y esto fuera un cuchillo, un golpe penetrante que die-  
ra al traste con la pobre dama y aun con su triste madre; y juzgándolo así, dilatando su desengaño por entonces, con nuevos fingimientos y promesas se dispuso aplazarlo, dando, aunque con ambiguas y dudosas razones, esperanzas de obedecerla.

Estas supo al momento doña Clara, con lo cual y la presencia de su amante, que mas tierno y alegre la sirvió de trinchante, pudo aquel día comer; y los demás por el mismo consiguiente. Porque reconociendo el primo que tan en breve consuelo consistía su vida, no quiso suspenderle, si bien faltó por ello no pocos ratos á la graciosa vista de doña Leonor y á las delicias y regales de sus tiernos abrazos.

Estaba, en aquesta sazón, tan adelante su amoroso trato, que la hermosa dama sentía y aun lloraba achaques tan sospechosos y apretados,



que pudieran, á no prevenirse con tiempo, ocasionarla un afrentoso fin; y esta nueva tan triste, aunque en otra coyuntura les fuera á entrambos la más feliz y alegre, ahora les hacía que, discurriendo en mil varios consejos y salidas, se les pasasen juntos las noches cortas y divididos los prolijos días.

No excusara, en tan cierto peligro, don Enrique de pedirla á su padre y valerse, si se la negara (como fuera lo cierto) de otros más fuertes medios, con que quedara soldado semejante yerro, sino que el estar don Luis Antonio en términos de partirse á la corte, le detenía; pareciéndole que mejor en su ausencia se dispondrían sus intentos. Esta consideración que, al salirles cierta, fuera sin duda el total remedio, suspendía á doña Leonor, divirtiéndola y asegurándola en los muchos temores que la causaba la dilatada partida de su padre. Y en este mismo tiempo, mejorando grandemente doña Clara con sus nuevas y fingidas esperanzas, aliviándose á veces, solicitaba alegre su convalecencia; y juntamente para el efecto de sus bodas, la intercesión y ruegos de sus padres de don Enrique, de los cuales, tanto por esta causa, cuanto por las notables conveniencias que en casamiento tal se les hacían, era no poco importunado y oprimido don Enrique; y de tal manera se hallaba acosado, que solamente esperaba á que cobrase algunas fuerzas su prima para poder por ellas resistir el

golpe duro de su desengaño, saliendo así, aunque con tan cruel remedio, de confusiones y disgustos.

Había sido el último y final con que los médicos rigieron á la enferma señora ciertos ejercicios y salidas, que tomando jarabes del acero era preciso el disponerse á ellas; y, casi comenzando la cura, todas las mañanas paseaba los campos, acompañada de una tía suya y otras criadas.

A esta agradable romería convidó alegre doña Clara á su primo, que sin poner (aunque lo deseó) excusas hubo de obedecerla, siendo algunas, aunque no todas veces, el alba de aquel sol, digo su escudero y galán. Con lo cual, una de estas mañanas, en quien, ó sus acostumbrados fingimientos ó el incendio que siempre la rodeaba, fulminó en doña Clara nuevos rayos ó más ardientes flechas, hallándose con su querido dueño á solas, porque la demás gente, quizá de industria, se habían adelantado, haciéndole sentar entre unos altos y espesos árboles, con más terribles ansias y aun deseos conmenzó dulcemente á persuadirle, ya con requiebros tiernos, ya con acciones amorosas; y esto con tan fuertes afectos y resoluciones, que, finalmente, se temió don Enrique, y más en la oportunidad, sitio y arrojamiento de ocasión semejante: y cierto que ella era temerosa y tan digna de excusarse como de huirle el rostro. Y así, considerándolo atentamente y viendo que aquellos negocios pasaban



de su límite, haciendo reportar á la prima y no queriendo tenerla más suspensa y engañada, discurrió cuerdamente, sin reservar un pensamiento solo de cuanto habéis oído, declarando la enigma de su olvido y la verdad de su nueva afición; y concluyendo su dolorosa y triste plática, con advertirla el estado en que se hallaba preñada doña Leonor, y el mal remedio que, según tal empeño, podía tener su malogrado amor, esperó bien confuso la respuesta que le daba su prima. La cual, desde el instante mismo que comenzó á entender su cruel desengaño, se le había, poco á poco, trocado la color del rostro; y, por el propio término, suspendido el vigor, amontonándose en su pecho gemidos y suspiros de tal suerte, que cuando quiso responderle no pudo, ni menos hacer más que, bajando los ojos, mirar con ellos fijos las hierbas del florido campo; hasta que habiendo estado así trasportada un largo espacio, recobrando el aliento, sin replicar palabra, se levantó del suelo; y á la misma manera y aun con mejor semblante, callando unos y prosiguiendo todos el fin de su ejercicio, dió la vuelta á su casa, adonde, despidiéndose de don Enrique, que de tal suspensión venía turbado, se entró con igual severidad y disimulación.

## CAPITULO LXXXI

*Fin lamentable y trágico en el amor  
de doña Clara.*

CUANDO los casos de tanta gravedad llegan á destrocarse sin remedio, de ánimos y pechos generosos es oponerse á ellos, abriendo el corazón y desahogando el espíritu antes que envilecerse con mujeriles quejas, con gritos y desordenadas acciones. Tal juzgó don Enrique en el presente suceso del silencio y despejo de su prima; y pluguiera á los cielos que así la pobre dama se hubiera aconsejado.

En fin, ella pasó el día, la mayor parte de él, con su madre y criadas, con el semblante y alegría que otros; si bien sólo fué diferente en que, risueña y aun con tristes y donaires graciosos, hizo de sus joyuelas y donceles galas un alarde vistoso; y tras de él (como si otorgara testamento ó como si, con su esperada boda, se hubiera de mejorar) un general repartimiento entre todas sus criadas. Con que, llegándose la noche y recogándose en su lecho, durmió ó veló lo restante de ella, hasta que, siendo la acostumbrada hora, vistiéndose para su ordinario paseo, salió de su cuadra, y antes de comenzarle, entró adonde su madre reposaba y, despertándola con afectos ternísimos, la dió dulces y



apretados abrazos, duplicándolos y repitiéndolos, no sin espesas lágrimas, muchas veces; y todo aquesto sin hablarla palabra, porque aún pienso que no pudiera pronunciarla; y guardando su madre el mismo silencio, porque también semejante novedad la tenía suspensa, se despidió de sus ojos, volviendo una vez y otra, hasta perderla de vista los lagrimosos suyos; de tal suerte que, como si jamás la hubieran de tornar á ver, así formaban su acción y sentimiento. Diferente juzgó la amorosa madre; porque cuidando fuesen desdenes de su primo tales extremos, segura de que presto se habían de trocar en contentos y gustos, disimuló su pena, sin preguntársela; más bien en breve se halló desengañada.

Salió, pues, doña Clara adonde sus criadas esperaban; y, entendiendo ser hora de tomar el jarabe, para verlo de hacer, se volvió á su aposento; en quien tanto espacio se estuvo y tanto dilató su salida, que hubo su tía de entrar por ella; mas viéndola que (aun sentada en una silla) todavía se estaba con el vaso en la mano, como temiendo, ó dilatando el beberlo, presumiendo melindre, alegremente la comenzó á animar; y con tal priesa y aceleración, que aunque no quiso, hubo de despertar doña Clara de aquel letargo, y volviéndose á ella, decirla no sin abundancia de lágrimas:

—¿Cómo, querida tía, y vos también apresu-

ráis mi muerte; vos y todos solicitáis mis últimos gemidos? Alto, pues; ejecútese el fallo y pague su imprudencia mi miserable vida.

Y diciendo y haciendo, con ímpetu furioso, bebiendo todo el vaso, se levantó de la silla y, juntamente, tomándola por la mano, se salieron á la calle, adonde apenas hubo andado seis pasos cuando arrancándosele el alma, con un fiero gemido, cayó muerta.

No así pensaron luego las criadas que la acompañaban que su desdicha fuese más que un breve desmayo, y consiguientemente, tomándola en sus brazos, como estaba tan cerca, se volvieron á casa, en quien, ya á sus grandes voces, á su alboroto y ruido, levantándose de la cama su madre, viendo tan amargo espectáculo, arrojándose al pecho de su hija, sin cordura y recato, perdió el decoro en su autoridad, y con gritos espantosos y alaridos sin término solicitó un lamentable llanto en los presentes. El mal creció sin límite luego que, llamándose los médicos declararon la mortal sentencia. Halláronla éstos, aunque en tan corto espacio, el rostro denegrido, morado el cuerpo y, finalmente, con señales certísimas de algún penetrante veneno. Y no obstante que tal declaración corrió en secreto, limitándola en público, á pocas horas sonó por aquella gran ciudad la repentina muerte.

No son menos sangrientos los miserables fines que siempre se promete una pasión tan desorde-



nada y terrible, y así tales, podrá esperarlos quien no atajare en los principios el cáncer ponzoñoso de sus deseos y apetitos. No quiero yo decir, ni pretendo afirmar, que fuese indubitable la presunción de los doctores, pues antes creeré que fué veneno de amor irremediable que no juzgar tan temerariamente de una mujer cristiana y noble; sólo es mi pretensión, mi asunto principal, dar á entender, en sucesos tan atroces y miserables, cuánto deben las tiernas doncellas poner freno á los ojos, reprimir sus afectos, huir las ocasiones y no empeñar la voluntad y el alma para no hallarlas, sin pensar, sumergidas en semejantes desventuras.

No fué mucho menor la que en este tiempo se apoderó de su fiero homicida, de su ingrato primo, á quien habiendo ya llegado nueva tan lastimosa, le tenía convertido en un retrato de lágrimas y de duelos, y tan rodeado de temores, cercado de cuidados y penas, que casi vino á estar juntamente imposibilitado de consuelo. Porque como ninguno sabía mejor la causa de aquel daño, así también ninguno podía cuidar ni aun temer con más razón su mayor castigo; y, en fin, su sentimiento fué tan grande, que en muchos días no le vieron alegre, además que, según él contó muchas veces, nunca en lo restante de la vida se le quitó de su presencia la imagen denegrida y mortal de aquella miserable mujer.

## CAPITULO LXXXII

*Sentimientos de don Enrique; recelos de su dama, y el suceso notable que uno y otro tuvieron.*

No se atrevió, por el presente, don Enrique, ver á la affigida madre, ni aunque lo hiciera fuera bien recibido ni mirado, y por esta razón, fingiéndose achacoso, no se halló en el entierro, si bien su retiramiento y mayores lutos dieron bien á entender tan justo sentimiento, cosa que, á no tener en su esposa y dama tan seguras prendas, hubiera descompuéstole; porque enfadada de extremos semejantes, no sólo los lamentó celosa, mas estuvo en términos de juzgarse engañada, que no es menos desatada y cruel una mujer amante, y más con celos; y así no alcanzó poco don Enrique cuando, pasados algunos días, la volvió á ver desenojada y satisfecha, y mayormente estando tan necesitada de consuelo con el ir dilatándose la partida de su padre y creciendo su peligro; pues por más encubrirle lo más del tiempo lo pasaba en la cama, no faltándole, para poderlo hacer, fingidos dolores y aun verdaderos males.

Todas aquestas cosas pendiendo solamente del affigido amante, le traían tan mortal y desalentado, que casi de sus muchas tristezas y melan-